

de que emprendan los cristianos  
tan inútil caminata.

Una dama es quien los lleva,  
es la reina castellana  
que deja su campo y quiere  
ver mas de cerca á Granada,  
quiere mirar cuánto vale  
la joya de su esperanza,  
ver..... si hay bastante corona  
donde poder colocarla.

Con ella va D. Fernando,  
principes, pajes y damas,  
y el noble marqués de Cádiz  
con su gente la acompaña.  
Llegan por fin á la Zubia,  
todo el cortejo se pára  
y ve á Granada la reina  
debajo de sus miradas;  
y acercándose el de Cádiz  
donde está su soberana  
con su galante apostura  
la dirige estas palabras:

—«Señora, tened mas cuenta;  
»con ese sol que ya abrasa;  
»mas pronto quema las flores  
»cuanto son mas delicadas!....  
»Busquemos la sombra amena  
»donde en mas cómoda estancia  
»veais la *sultana mora*  
»si os conviene para esclava.  
»Ved aquel laurel añoso  
»que os tiende sus fuertes ramas;  
»á la reina de Castilla  
»siempre laureles la aguardan.  
»Y á fé que recuerdo ahora  
»una tradicion estraña  
»de ese laurel, que en llegando  
»la he de contar, si os agrada.»  
Al laurel llegó la reina  
y halló su sombra muy grata:  
dejó el marqués buena parte  
de soldados á la espalda  
y los restantes los puso  
delante, porque formaran  
un muro de corazones  
entre la reina y Granada.  
Volvióse después y dijo:  
—«Si es historia ó si es patraña  
no lo diré yo, señora;  
sólo sé que en lenguas anda.

Ese laurel que os ofrece  
fresco pabellon de ramas  
há siete siglos que encierra  
el destino de una raza.  
Cuentan que un rayo del cielo  
dejó caer una rama  
el dia que en Covadonga  
empezó nuestra jornada;  
en cinco victorias vuestras  
se han desprendido otras tantas,  
la pérdida de los moros  
es la sétima y ya tarda.»  
—Peregrina es la conseja,  
tranquila la reina esclama,  
que por conseja la tengo  
pues que mi fé la rechaza;  
y separando los ojos  
del laurel, quedó estasiada,  
fija en Granada la vista  
que la fascina y la llama.  
REINA.—La encontráis bastante bella.  
MARQUÉS.—Nadie pudiera soñarla  
mas acabada y perfecta.  
R.—Pues una cosa le falta;  
M.—A no ser vos, no adivino.  
R.—Poco, marqués, se le alcanza;  
falta á Granada una cruz  
sobre su torre mas alta.  
M.—Pues bien; si ayer Fernan-Perez  
del Pulgar logró su hazaña  
dejando el «Ave María»  
en la mezquita clavada,  
dadme licencia, señora,  
para que esta noche vaya  
y segun vuestro deseo  
brillará una cruz mañana.  
Este es hierro y este es brazo,  
y ó perezco en la demanda  
ó juro á Dios que en la torre  
tengo que clavar mi espada.  
R.—Marqués, yo no doy licencia  
para empresas temerarias;  
valor en el cerco sobra,  
prudencia..... tal vez nos falta;  
pensad que en tales empresas  
si la suerte os acompaña,  
mucho para vos lograis  
y poco para la patria.  
Pensad tambien que esa cruz  
que anhelo ver colocada

no ha de serlo en son de guerra  
que en pos de sí sangre traiga;  
mirad bien que no repruebo  
el noble ardor que os inflama,  
que si algo por hoy le cuidó  
algo espero de él mañana.

---

Mientras están en la Zúbia  
en esta tranquila plática,  
se nota algún movimiento  
en la gente de Granada.  
Ven las tropas de la reina  
dispuestas como en batalla,  
sin saber si es que acometen,  
ignorando si es que aguardan;  
pero al verlas arrogantes  
responden con arrogancia,  
que no en vano siete siglos  
respiran aire de España.

## II

Apenas nota la reina  
el confuso movimiento,  
ordena que sus vasallos  
huyan temerarios retos....  
que llegaron á la Zúbia  
por un curioso deseo,  
un deseo que no vale  
la limpia sangre del pueblo.  
Reciben este mandato  
las huestes, que cumplen luego  
quedando inmóviles todas  
como fantasmas de hierro.  
Y se encuentran frente á frente  
los enemigos ejércitos;  
cual dos nubes de tormenta  
se contemplan en el cielo.  
Y hay un momento de calma,  
un instante de silencio,  
de esos que calla hasta el aire  
y aguarda que estalle el trueno.

---

Rompe el silencio Granada  
en confuso clamoreo,  
y carcajadas burlonas

conduce á la Zúbia el viento.  
Es Tarfe el moro que sale  
de todas armas cubierto,  
que un negro corcel oprime  
con sus músculos de acero.  
Bravo el bruto se adelanta  
en rápidos escauceos,  
que ardiendo corre su sangre  
desde el acicate al freno.  
Brilla en los ojos del moro  
lumbre de fulgor siniestro,  
relámpago que refleja  
la alegría de un infierno;  
Que el pergamino que ayer  
pregonaba un nombre escelso,  
á la cola del caballo  
va atado rozando el suelo.  
De poco sirvió tu hazaña  
Pulgar, si fué para esto;  
de aquel timbre de tu gloria  
padron de ignominia han hecho.  
Todos los ojos te buscan,  
tú no te encuentras entre ellos;  
pluguiera á Dios que te hallases,  
que á tí te toca el remedio.

---

A las plantas de la reina  
llega anhelante un mancebo  
ofreciendo el pergamino  
si le permiten traerlo.  
Mas don Fernando replica:  
—«Permitírtelo no es cuerdo,  
que aun ha vivido muy poco  
tu corazón en tu pecho....  
Jóven eres.... y el valor....  
algo requiere de viejo,  
que no ha de ser un relámpago  
que brilla y se acaba luego.»  
—«Señor, á vuestras razones  
he de contestar con hechos,  
que un momento vive el rayo  
y abrasa en ese momento.»  
Dijo; atravesó las filas  
y saltando á un potro negro,  
lanza en ristre, á toda rienda  
á Tarfe se fué derecho.  
Salióle al encuentro Tarfe,  
juntáronse ambos guerreros,

y saltaron las dos lanzas  
en astillas por el viento.  
Los brazos despues estienden  
y oprimiéndose con ellos,  
de los corceles se arrancan  
y ruedan luchando al suelo.  
Cayó debajo el cristiano;  
levanta el moro su acero  
sobre Garcilaso, y rápido  
desciende sobre su cuello.  
Pero el brazo pierde fuerza  
y cae desplomado el cuerpo,  
que el hierro de Garcilaso  
entró la muerte en su pecho.  
Su planta al árabe humilla;  
alza su brazo el lebrero,  
y dos gritos simultáneos  
se escapan de los dos pueblos.  
Dos gritos con que dos razas  
pregonan á un mismo tiempo  
al David de la edad nueva,  
levantando su trofeo.

### III

El aguijon de la ira  
hirió al árabe en el alma,  
y de Granada saliendo  
hasta el cristiano se lanza.  
Una fuerza irresistible  
los subyuga y los arrastra  
como arenas impelidas  
por un huracan de rabia:  
esta fiera acometida

el cristiano no esperaba.  
¡Ay! que á su gigante empuje  
cejan ya las avanzadas.  
Mas, ¿qué es cejar á la flecha  
en el arco colocada?  
Tomar mas fueza y partir  
veloz á mayor distancia.  
Tal cayeron los cristianos  
con tan potente pujanza  
sobre el moro, que rodando  
fueron hasta sus murallas.  
Y el noble marqués de Cádiz,  
al llegar hasta Granada,  
lamentó que no tuviera  
licencia para tomarla.

### IV

Mientras luchaban sus tropas  
la reina rezando estaba.  
Sublime contraste hacian  
el combate y la plegaria,  
y es fama que algunas flechas  
llegaron hasta sus plantas.  
Y es fama tambien que alguna,  
viniendo mucho mas rápida,  
de aquel laurel de la Zubia  
cortó la sétima rama.  
La propia mano del árabe  
hizo realidad la fábula;  
pasaron algunas lunas  
y Granada fué cristiana.

Q. N. K.



**ES PROPIEDAD.**

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
*Carrretas, 9.*

MADRID: 1872.  
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANO,  
*Bordadores, 7.*



## Doña Juana la Loca.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1496 á 1555.)

I

Entre arbustos corpulentos  
y al través de frescas ramas,  
ocultas entre el follaje  
que sus abrazos recata,  
vetusto y altivo muro  
muestra en labores bizarras  
blasones de nobles dueños,  
títulos de noble casa,

vanidad escrita en piedra  
para eternizar hazañas,  
cuando es un poco de musgo  
bastante para borrarlas.  
Tras de los verdes tapices  
de la frondosa enramada  
se apercibe acompasado  
un eco que lleva al alma  
murmullos, si está tranquila,  
y quejas, si está cuitada,



que tal ilusion produce  
el ruido manso del agua.  
La luna envuelve su disco  
entre vaporosas gasas,  
como una vírgen que ciñe  
su velo de desposada.  
Tibia la atmósfera, el cielo  
dormido en dichosa calma,  
brindan al dulce reposo  
con que las penas se acallan.  
Mas no: que las hay tan hondas,  
tan tristes, tan solitarias,  
que cual las deja la tarde  
así las sorprende el alba.  
Al pié de un sáuce caduco,  
no sé si mujer ó estatua  
de mármol, una figura  
pálidamente destaca.  
Ropaje viste de reina,  
actitud tiene de esclava.  
Mira y no ve, que en sus ojos  
vida sobra, intencion falta.  
Parece que andan buscando  
lo que en el mundo no hallan,  
y á veces con osadía  
la vista vuelven al alma;  
por eso en ellos se advierten  
reflejos de sombra estraña.  
Sus descoloridos labios  
arquea sonrisa amarga,  
y aunque su frente no surcan  
los años ni las desgracias,  
se ve en su infantil pureza  
la contraccion que delata  
un pensamiento estraviado,  
una traidora punzada  
del corazon, un recuerdo,  
una perdida esperanza.  
¿Qué busca la pobre niña  
entre las frondosas ramas?  
A escuchar viene los besos  
que les prodigan las auras,  
dulces recuerdos de amores  
que su inteligencia matan.  
¿Qué busca la pobre niña  
en el murmullo del agua?  
Melancólicos suspiros  
de firme y tierna constancia;  
porque los suyos son tristes,  
los de su amado la faltan;

porque está de amor enferma,  
tiene de suspiros ánsia.  
¿Qué es lo que pide á la luna?  
Se goza con su luz, pálida  
como sus bellos recuerdos,  
como sus dichas lejanas.  
¿Y quién es la pobre niña?  
Por reina la tiene España;  
su noble esposo por loca;  
su padre por desgraciada;  
y en fin, cortando razones,  
es la reina doña Juana,  
hija de aquella señora  
en cuya diadema irradia  
la luz del génio en los nombres  
de América y de Granada.  
Grande corazon tenia,  
de su madre lo heredara,  
y en el tesoro de amores  
pasion de encendida llama.  
Por esposo la ofrecieron  
al noble archiduque de Austria,  
que en mas de una oscura empresa,  
con facilidad liviana,  
lisonjas trocó en desdenes  
con veleidosa inconstancia.  
Tal vez á despecho suyo  
su esposa fué doña Juana,  
y le cansó mujer propia  
mas antes que las estrañas.  
Ella le otorgó su mano  
al mismo tiempo que el alma;  
tan suya fué como el ave  
del viento, y el pez del agua.  
Flor del valle, que no vive  
sino una fresca mañana,  
y apenas el sol la toca  
marchita sus hojas blancas.  
arroyo que va perdido  
entre arenas abrasadas  
y en vapor vuelve á la nube  
huyendo la arena ingrata,  
así el amor de la niña  
fué flor que ahogaron las zarzas;  
manantial evaporado  
al fuego de la desgracia,  
que en densas nubes oprime  
las facultades del alma.  
En su corazon de niña  
la mordedura acerada

de los celos troc6 en fiebre  
mortal sus amantes 6nsias,  
y al asomar en sus l6bios,  
al traducirse en palabras,  
loca est6, dijo su esposo:  
loca los suyos la llaman,  
y ella de dolor transida  
sin derramar una l6grima,  
sin reposar una hora,  
sin norte, sin esperanza,  
ni sus ideas coordina,  
ni detiene sus miradas,  
ni 6 s6 misma se conoce,  
ni en su diadema repara,  
y as6 con secreto impulso  
entre sus recuerdos vaga  
como en inmenso Océano  
la astilla de una fragata.  
Mientras Felipe el Hermoso  
alegre reina en Espa6a,  
entre fiestas y lisonjas  
buscando aventuras gratas,  
la pobre reina, sin corte,  
sin libertad, encerrada,  
al jardin sale 6 buscarle;  
sus penas dice 6 las plantas,  
6 los arbustos y al viento  
que las recoge en sus alas  
y con ecos misteriosos  
murmura por consolarlas.

## II

En Búrgos fúnebre toque  
lanza al espacio un lamento,  
vibrante voz de la tierra  
que busca camino al cielo.  
Luto visten los magnates;  
guarda la ciudad silencio;  
atropéllanse en sus puertas  
emisarios y correos.  
¿A d6nde van? Nadie duda  
que 6 notificar al reino  
como en Búrgos las campanas  
doblan por el rey que es muerto.  
¿Y en d6nde se halla la reina?  
La loca ocupa su puesto  
de enamorada y de esposa  
velando el cad6ver yerto.  
Ci6ne al ataúd sus brazos,

lo cubre de amantes besos  
y con espresion de dicha,  
con semblante placentero  
dice: «Ahora s6 que eres mío.  
¡Que Dios conserve tu sueño!  
Blanco est6s como la nieve  
en la cumbre de los cerros;  
no puede ser que conmigo  
tu corazon siga negro.  
Las manos tienes mas frias  
que al deshacerse los hielos:  
mas calor no tuvo nunca  
para m6 tu ingrato pecho;  
si para otras le guardabas  
mas frio mi bien te quiero.  
¿Do est6 en tus ojos la dicha  
que otras lograban con ellos?  
Hacen 6 tu pobre loca  
cerrados m6s bien que abiertos.  
¡Bien haya quien me devuelve  
mi amor, mi esposo, mi dueño!  
Ya no habr6 quien me dispute  
el bien que contigo tengo.  
Yo har6 que nadie se atreva  
6 turbar tu dulce sueño.»  
En vano mientras descansa  
una hora entierran al muerto,  
que al despertar, como el tigre  
6 quien roban sus hijuelos,  
relampaguea en sus ojos  
sombri6 y terrible fuego:  
su tesoro les demanda  
con voz semejante al trueno:  
lo arranca 6 la sepultura,  
y con fúnebre cortejo  
errante va por Castilla  
mostr6ndolo y escondiéndolo,  
como quien luce y recata  
la causa de su contento.  
Por el dia en las iglesias  
le deposita, sin miedo  
que artera mano profane  
la morada del Eterno,  
y apenas la noche cubre  
de oscuro crespon los cielos,  
alumbrada por antorchas  
cruza los prados desiertos,  
hondos valles atraviesa,  
sube 6 la cima del cerro,  
y hasta que luce la aurora,



y encuentra á su paso un templo,  
nada concede al reposo  
ni un punto se rinde al sueño.  
Tal vez penetra en la iglesia  
de un lejano monasterio,  
y al escuchar de las vírgenes  
de Sion el puro acento,  
un grito de horror exhala,  
cubre el ataúd su cuerpo,  
y huye de allí recelosa  
temblando de ira y de celos.  
Dice que lloran las plantas  
si pisa el rocío fresco;  
dice que lloran las nubes  
cuando arrecia el aguacero,  
y si entre las zarzas muge  
el huracan, riñe al viento;  
porque los paños mortuorios  
mueve con poco respeto,  
y teme que traiga hechizos  
para robarla su dueño.  
Al cruzar por las aldeas  
aquel fantástico entierro,  
*la loca, la loca*, dicen  
los jóvenes y los viejos,  
y solo algunas mujeres,  
heridas de amor y celos,  
con lágrimas la saludan  
en elocuente silencio.  
Paráronla en Tordesillas.  
Un palacio y un convento  
unidos estrechamente,  
como la reina y el muerto,

á un cadáver y á una loca  
cobijaron en su seno.  
Allí, detrás de una reja  
pasó su vida en aceso,  
velando sobre la tumba  
como el ángel plañidero  
que con sus alas de mármol  
protege un sepulcro régio.  
Un dia el invicto César  
llegó á turbar su sosiego.  
A la voz dulce de madre  
sintió agitado su seno:  
resbaló por sus mejillas  
una lágrima de fuego,  
y sobre la augusta frente  
del hijo, estampando un beso  
díjole: «Dios te bendiga.  
Por tí será grande el reino;  
naciste de madre loca,  
tienes su sangre y su aliento,  
y eres loco, pues te ocupas  
en gobernar á los cuerdos.»  
Después le volvió la espalda;  
tornó á los dorados hierros  
de su tribuna, y en ella  
siguió su constante empeño.  
Diz que al morir dió señales  
de juicio firme y discreto.  
¿Quién sabe si fué de gozo,  
cercano su fin sintiendo,  
si pensó que á Don Felipé  
iba á encontrar en el cielo?

J. R.



**ES PROPIEDAD.**

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
*Carretas, 9.*

MADRID: 1872.  
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANOS,  
*Borladores, 7.*



# El Tributo de las Bien Doncellas.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(846.)

I

Del alcázar de León  
en un severo recinto,  
rodeado de sus nobles  
hallábase D. Ramiro.

Lejos, de repente, suena  
lúgubre y extraño ruido,  
horrendas imprecaciones,  
desacompañados gritos.

—«¿Nuevas traiciones?...—prorumpie  
el rey, mirando á su hijo:  
la corona real de Oviedo  
apenas dos años ciño,  
y por robarla á mis sienes  
mas turbulencias he visto  
que moros hay esperándonos

en los campos enemigos.  
Solo se irá esta corona  
con mi cabeza, y ¡por Cristo!  
que no está mal asentada  
en hombros de D. Ramiro.»  
Mirada rápida y torva  
dirigió en soberbio círculo....  
Sólo unos ojos de fuego  
en sus ojos halló fijos.  
Sorda imprecacion contuvo,  
alzó airado de su sitio,  
fué redoblando el terror  
de los cortesanos tímidos.  
Y la voz del que irritado  
se encaró con el rey mismo,  
murmuró:—«No blasfemeis,  
callad, callad, D. Ramiro.

Mal suenan esas palabras,  
mal enojo tan altivo,  
con esas burlonas músicas  
y esos lastimeros gritos.  
Salid á dar cien doncellas  
en tributo al enemigo;  
levádselas hasta el lecho  
de la deshonra y el vicio;  
y si doncellas faltaren,  
piensa has de llevar tú mismo  
tus propias hijas al moro,  
en pago de lo ofrecido.»  
Quién háblale con tal fuego  
y en tan desusado estilo,  
era un monge, un religioso,  
pobre, anciano, peregrino.  
Tosco sayal es su trage,  
sus armas un crucifijo,  
su vida mision sagrada  
y su esperanza el martirio;  
y pueblo, nobles y reyes  
escucháronle sumisos,  
las destempladas razones  
de sus mas severos juicios.  
—¡Veremundo!—gritó el rey,  
duras tus frases han sido.  
—Mas duras son tus acciones  
y todos las consentimos.  
Soldado de Roncesvalles,  
¿quién creerá que eres el mismo  
que al lado fué de Bernardo,  
haciendo temblar los riscos?  
¡Oh! si á los ásperos montes  
no les eres conocido,  
la orilla del Tajo acaso  
creyérate D. Rodrigo.  
Doncellas, id con el moro,  
no desdeñeis el servirlo:  
reyes cristianos complacen  
sus mas infames caprichos.  
Rey de Leon, rey de Oviedo,  
leoneses, que estais dormidos,  
á Pelayo le faltaran  
frases para maldeciros.  
¿Ois? á las madres roban  
los frutos de su cariño;  
quien lamentos de cien madres  
oye y no les presta alivio,  
no es cristiano y caballero,  
moro sí; cual tal, indigno

de llevar en vil escarnio  
cruz al pecho y cruz al cinto.  
Si sois cobardes, quedaos,  
no han de faltar en su auxilio  
un pobre viejo leonés  
y este santo crucifijo.»

.....  
Calló el anciano: los nobles  
alzaron rumor crecido;  
confuso y avergonzado  
quedóse el rey D. Ramiro,  
y rojo el rostro, temblando  
de ira la voz, al fin dijo:  
—«Razon tiene.... gran afrenta  
los cristianos cometimos;  
culpa es del hijo de mora,  
de Mauregato el indigno,  
moro tambien por lo negro  
de su alma y de sus vicios.  
¿Qué derecho le asistia  
para ofrecer á su arbitrio  
un honor que era del pueblo  
el mas orgulloso título?  
No mas livianos tributos.  
¡Veremundo, yo te sigo!  
Los riscos de Roncesvalles  
conocerán á Ramiro.  
¡Guerra al moro!

—¡Sí! responde  
con un entusiasta grito  
toda la corte, animada  
por un sentimiento mismo.  
—¡A la plaza, caballeros!  
dice el monge:—ven conmigo,  
rey del ejemplo, que acabe  
por siempre el tributo indigno.  
¡De impuros brazos de moros  
salvad nuestro honor mas limpio!  
¡A rescatar las doncellas!  
¡Que ya se van, hijos míos!

## II

Ya sortean las doncellas,  
ya se arremolina el pueblo,  
ya repican las campanas,  
debiendo doblar á muerto.  
Inflamable está la atmósfera;  
para que estalle el incendio  
falta una chispa, y no hay ojos



en que no fulgure el fuego!  
.....

Una madre á su hija estrecha  
en el palpitante seno,  
balbuceando esperanzas  
entre lágrimas y besos.

Tiende hácia el grupo sublime  
convulsiva mano un viejo,  
que en palo nudoso apoya  
débil encorvado cuerpo.

—«¡Adios!—dice—¡contra el moro  
lidié y vencí para esto!

¡Para mirar en sus brazos  
los solos bienes que tengo!

¡Adios, hija! ¡adios, mi honra!...»

—«No lloreis,—dice un mancebo,  
si el rey da lo que no es suyo,  
defendamos lo que es nuestro!»

—«¡Ansures, su amante!»

—«Anciano,

por esposa á tu hija quiero.»

—«Vais á morir.»

—«Mas con honra  
y cristianos moriremos.»

.....

Crece el tumulto: ya toca  
la ceremonia á su término;  
muchas manos convulsivas  
oprimen ocultos hierros.  
Solo falta una doncella,  
cómo palpita su pecho;  
su amor, su virtud, su honra  
hierven confundidas dentro.

Exhala débil gemido,  
la última frase de un rezo  
que la madre acongojada  
va en sus lábios recogiendo.

¡Pobre Orelia! Con angustia  
oprímela largo tiempo  
Ansures entre sus brazos,

nervioso, agitado, trémulo;  
cual avaro que mirando  
su tesoro descubierto,  
á él se abraza y contra el mundo  
se dispone á defenderlo.

El viejo, fija la vista,  
torcido el inmóvil cuerpo,  
que está sumido parece  
en un momentáneo sueño;  
ya no habla, ya no reza,

rígidos están sus nervios,  
muy secos tiene los ojos,  
¿pero quién no llora al verlos?

Solo falta una doncella,  
del tablado un pregonero  
por ella baja, la madre  
de Orelia sale al encuentro;  
va á defender á su hija  
cual defiende sus hijuelos  
de una caverna en la entrada  
la leona del desierto.

A separarla con fuerza  
el moro llega dispuesto....  
y hácia atrás cae de repente,  
brotando sangre su cuello.

Hoja sangrienta en la mano  
tiene Ansures, ¡él lo ha muerto!

Saltó la chispa, doquiera  
se estiende rápido el fuego;  
mas sangre agarena corre,

aumenta el mortal estrépito,  
suena el toque de rebato,

se oyen redobles siniestros;  
salta el tablado en astillas

con seco rechinamiento,  
ármanse brazos desnudos

con los rojizos maderos;  
como de selva incendiada

salen las fieras rugiendo,  
por las contiguas callejas

llegando va todo el pueblo;  
armas las mujeres blanden

que arrancan á los guerreros,  
anímanse los ancianos

por un galvánico esfuerzo;  
cual desbandadas palomas

van las doncellas corriendo.....  
desbordado está el torrente,

¿quién bastará á contenerlo?  
.....

Apareció D. Ramiro.

¡El rey! mil voces dijeron:  
suspensa quedó la lucha

llegar á la plaza viéndolo;  
lleva un monge á la derecha,

su hijo Ordoño al lado izquierdo,  
tras él soldados y nobles

de todas armas cubiertos.  
¡Justicia! los unos claman;

otros ¡venganza, escarmiento!



—«Rey Ramiro, dice un moro,  
 ampara nuestros derechos:  
 traidor ultraje sufrimos;  
 si tú no pones remedio,  
 Abderraman, mi califa,  
 vendrá aquí mismo á ponerlo.»  
 —«¡Vive Dios! yo iré á buscarle;  
 dí, en tanto, que no consiento  
 mas liviandades indignas  
 de ignominioso recuerdo.»  
 —«¿Acaso el tributo niegas?»  
 —«No es legítimo y lo niego.»  
 —«Rey lo puso.»  
 —«Rey lo quita.»  
 —«Faltando á ley.»  
 —«Por derecho.»

Si hubo pastores cobardes,  
 que al lobo muy cerca viendo,  
 sus ovejuelas mas blancas  
 les hizo ofrecer el miedo,  
 hoy el pastor es Ramiro,  
 por látigo tiene un cetro,  
 y los lobos espantados  
 habrán de ganar los cerros:  
 jornada que hacer os falta,  
 y yo aguijonaros pienso  
 á lanzadas, porque andéis  
 mas camino en menos tiempo.»  
 —«¿Tal digo?»

—«Dí: que estas frases  
 serán mañana mis hechos  
 y que el honor ya robado  
 en sangre lo cobraremos.»  
 . . . . .  
 Gritos de alegre entusiasmo,  
 gritos de júbilo inmenso

pueblan confusos el aire  
 entre un delirio frenético.  
 Delante del rey se arrojan  
 ancianos.... madres, guerreros....  
 sns piés y el polvo que pisan  
 los cubren de llanto y besos.  
 . . . . .  
 Tributo de cien doncellas,  
 ya no sereis satisfecho;  
 ¡Cristianos, á la batalla,  
 tremolando el pendon negro!  
 ¡Sus! sin tregua tras los moros;  
 corran hasta sus desiertos,  
 cual puñado de hojas secas  
 al fuerte soplo del viento.  
 ¡Godos sois! no haya descanso,  
 sea el botin vuestro premio,  
 vuestro placer la batalla,  
 la victoria el amor vuestro.  
 Del corcel bajo la silla  
 carne cruda, siempre hirviendo  
 al calor del duro trote,  
 os sirva por alimento.  
 ¡A Clavijo los cristianos!  
 ¡Bien hayan del rey los sueños!  
 Mirad, al campo descende  
 el invencible guerrero;  
 blanco corcel rige airoso,  
 blande fulminante acero,  
 bandera de cruz bermeja  
 despliega flotante al viento.  
 Dios os guia, ¡guerra al moro  
 hasta morir ó vencerlo!  
 ¡Sus! ¡Santiago, cierra España!  
 ¡Avanzad la cruz, á ellos!

J. C. Y S.



**ES PROPIEDAD.**

DEPÓSITO CENTRAL,  
 LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
 Carretas, 9.

MADRID: 1872.  
 IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANOS,  
 Bordadores, 7.



## Zaragoza.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1808 á 1809.)

I

España, la árbitra un día  
de las naciones de Europa,  
cuyas armas alumbraba  
siempre el sol de la victoria,  
aquella cuya bandera  
surcando las bravas olas  
llevó la cruz del cristiano  
á ardientes playas ignotas,

y dió tambien la primera  
vuelta al Mundo; la católica,  
la que fué siempre magnánima,  
noble y digna, victoriosa,  
como fué grande, altanera,  
invencible en la derrota,  
mal regida por pilotos  
que afrenta son de la historia,  
por hombres que á la escollera  
llevaron su nave airosa,

tras estériles campañas  
que la desangran y agobian,  
tras sacrificios inmensos  
y desastres, que abochornan  
porque fueron holocausto  
al temor y á la lisonja,  
hallábase adormecida  
como indolente matrona  
que ni las dichas le mueven  
ni las desdichas le importan.  
Entonces, desde la altura  
á do su vuelo remonta,  
la vió el águila, y, cambiéndose,  
chirrió con voz pavorosa;  
que el águila carnícera,  
ciega de ambicion y gloria,  
viendo á España por el suelo  
agonizante creyóla,  
y aprestó las fuertes alas  
y aguzó las uñas corvas  
para lanzarse sobre ella  
y beber su sangre toda.  
Mas temió del moribundo  
leon la terrible cólera  
y, astuta, fingióse amiga  
para ser siempre traidora.

---

Las aguerridas legiones,  
las legiones vencedoras,  
las que Napoleon regia  
con tal audacia que asombra,  
la falaz planta pusieron  
en la nacion española,  
y entraron, haciendo alarde  
de marcialidad fastuosa,  
en la hidalga villa y corte  
que en sus brazos se abandona.  
Pero el vil advenedizo  
como dueño se comporta,  
por la soberbia impulsado  
y por la codicia torva,  
y el pueblo que se apercibe  
de la red que le aprisiona  
con malla tupida y recia,  
siniestramente se enoja.  
Con torpe engaño, que solo  
cupó en conciencias sin honra,  
arrastraban mientras tanto

allende del Vidasoa  
al rey Fernando que, ciego,  
soñaba venturas locas  
porque el águila imperial  
de las nubes se desploma  
y se revuelca en el cieno  
como alimaña asquerosa.  
Y tras él, víctimas siempre  
de falsedades notorias,  
partíanse para Francia,  
al sano criterio sordas,  
como tímidas ovejas  
todas las reales personas.  
Mas ¿cómo verlas partir  
en silencio unas tras otras,  
si tal silencio los timbres  
mas apreciados enlodan....!  
—No; Madrid no lo consiente;  
se subleva, se alborota,  
rómpe el dique, y decidido  
sobre los coches se arroja:  
que es el leon que despierta  
rugiendo con justa cólera.....  
¡Día de horror para España!  
¡De horror y tambien de gloria!  
Que si la muerte con negras  
alas á Madrid azota,  
si defendiendo á su patria  
mueren, en pelea heróica,  
Daoiz y Velarde y tantos  
como registra la historia,  
allí el Capitan del siglo  
sufrió su primer derrota,  
allí bamboleó su trono  
y vaciló su corona.

---

Aquel «¡Viva España!» fué  
rayo que vibró en las sombras,  
y de independencia el grito  
resonó en España toda;  
y los pechos animosos,  
con la lealtad por cota,  
como leones lucharon  
contra la extranjera tropa.  
Vencidos hoy, vencedores  
mañana, dudas medrosas  
nunca de aquellos valientes  
en el corazon asoman;

y al fin de Bailen un día  
lució la brillante aurora  
y al águila rechazó  
el leon en Zaragoza.

## II

Allá en la ciudad sagrada,  
de la imágen guardadora  
que todo Aragon venera  
con fé santa y fervorosa,  
la impía hueste francesa  
quiso entrar y ser señora,  
sin pensar que aquella imágen  
era faro y era antorcha  
de la aragonesa gente  
que lo que es el miedo ignora.  
Y tras horribles destrozos,  
rúinas que se amontonan  
y hechos mil que al mundo entero  
de uno al otro polo asombran,  
Palafox, Lazan y Marco,  
Simonó, Calvo de Rozas,  
y el cura de Sós valiente  
y Agustina Zaragoza  
y todos hombres, mujeres,  
niños y ancianos, que afrontan  
el peligro y que pelean  
cuerpo á cuerpo, á quemaropa,  
al fin de las calles mismas,  
al audaz francés arrojan,  
humillando aquella enseña  
que hacia temblar á Europa.  
Y en medio de tanto escombros  
y tanto mal que acongoja,  
los que á la paz invitados  
por el sitiador, en cortas  
palabras «Guerra y cuchillo»  
contestaran, sin demora  
al júbilo se entregaron  
celebrando su victoria;  
que es el patriotismo todo  
para las almas heroicas.  
Aquella noble alegría  
eco en las naciones todas  
encontró; mas solo España  
no ocultó su risa loca,  
porque España ante el coloso  
la fiera cerviz no dobla.  
Y el coloso que, afrentado,

la tempestad<sup>1</sup> bramadora  
del furor siente en su pecho  
y en mares de ira se ahoga,  
—«¡Sus! á sus legiones grita;  
¡Sus! que mi prestigio arrollan.  
¡A Zaragoza los míos!  
¡A rendir á Zaragoza!»  
Y legiones tras legiones  
sobre ella corren furiosas.  
Pero Palafox le espera  
como al oleaje las rocas,  
y las defensas prepara  
y á rudas lides se apronta,  
que, aunque de recursos falto,  
esfuerzo y valor le sobran.  
La artillería enemiga  
rompe el fuego atronadora  
é inúmeros batallones  
cargan con ira impetuosa.....  
Casablanca, Buenavista  
y el Torrero largas horas  
resístense; mas al cabo  
abandonarlos importa.  
Gazan al Tejar y el Rastro  
embiste..... ¡mas no los toma!  
Velasco está allí. Sus balas  
barren la enemiga tropa,  
y en inmensa sepultura  
aquel arrabal se torna.  
Moncey al notarlo invita  
con la paz, y se sonroja  
el bravo español caudillo  
y le dá respuesta pronta.  
—«Sabed, le dice, que nunca  
fué rendida Zaragoza  
y que el que ser libre quiere  
su libertad al fin logra.»  
Y desde entonces la muerte,  
como la hoz segadora,  
vida, amores y esperanzas  
destruye, aniquila y corta.  
Una cintura de hierro  
á la ciudad aprisiona  
á pesar de los esfuerzos  
con que el sitiado lo estorba,  
y cien cañones á un tiempo  
contra el recinto maniobran  
con estruendo inconcebible  
y en confusion horrorosa.  
Los flacos muros al rudo

combate se desmoronan,  
y, entre el polvo, Renovales,  
cuyo valor nada doma,  
al descubierto pelea,  
rechaza, mata y destroza.  
Sin muros y sin cañones  
que el enemigo desmonta,  
sin parapetos, sin nada  
mas que la conciencia propia,  
entre una lluvia de balas,  
de granadas y de bombas,  
del invasor con espanto,  
al asalto le provocan  
sobre aquel monton de ruinas  
izando bandera roja,  
en tanto que alegre música  
les cantaba en una copia:  
«La Virgen del Pilar dice  
que no quiere ser francesa,  
pues quiere ser generala  
de la gente aragonesa.»  
A tal insulto siguieron  
cinco asaltos... Mas no arrollan  
al aragonés, que luego  
palmo á palmo, hora tras hora,  
un día y otro, sin nadie  
que le ayude y le socorra,  
desdeñando los ofertas  
que el jefe francés le otorga,  
defiende brechas y calles,  
falto de todo, en mal hora,  
menos de ardor que la muerte  
ni las epidemias postran.  
Y del cruel bombardeo  
fueron en pos las odiosas  
minas, que el francés volaba,  
mientras, terribles é indómitas,  
el incendio era la estela  
de las huestes españolas,  
que rodeándose de llamas  
tanta fatiga soportan.  
Pero al fin, cuando del Coso

bajo el pavimento, prontas  
á estallar seis galerías  
estaban, como corona  
de tan preciada conquista,  
la rendicion, pero honrosa,  
fué precisa; y se rindió  
la invencible Zaragoza,  
no al francés, sino á la peste  
y al hambre devoradora.

### III

Palafox, el incansable  
caudillo que al mundo asombra,  
en triste lecho yacia  
moribundo entre congojas  
cuando el galo, que la fé  
de lo tratado viola,  
entró del héroe en la estancia  
con recias voces que asordan.  
Allí junto al lecho ardía  
una mecha: allí la pólvora  
de un hornillo la bravura  
de aquel hombre testimonia;  
y allí, el francés, de los labios  
que la muerte descolora,  
supo que no se rendía  
quien alcanzó tanta gloria.  
Mas no comprendió el villano  
lo que aconsejaba la honra,  
y con perfidia que solo  
cupiera en almas traidoras,  
sin respeto al heroismo,  
maltrata, fusila, inmola,  
atropella, y sin conciencia  
jefes y soldados roban.....  
¡Baldon para el vil guerrero  
que así su pendon enloda!  
¡Gloria á la nueva Numancia!  
¡Loor eterno á Zaragoza!

P. L.







## La Perla de Avila.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1515 á 1582.)

I

Dentro del líquido espacio  
 que recata sus riquezas  
 de las cristalinas aguas  
 bajo la bóveda inmensa,  
 en el fondo de una concha,  
 en el exterior ruda y negra,  
 en rico lecho de nácar  
 se cria la madre perla.  
 Submarinos vegetales  
 con tierno abrazo la estrechan,  
 y en torno suyo se ciemen,  
 con voluptuosa indolencia,  
 peces de variadas tintas,  
 y brillantes escarcelas  
 de plata y oro, que esmaltan  
 uces en color diversas.

Mas llega un dia en que el buzo  
 burla del mar la soberbia,  
 y hasta el abismo descende  
 para arrancarle su perla.  
 Entonces al mundo sube,  
 se incrusta en la real diadema,  
 y allí el esplendor preside  
 de las humanas grandezas.  
 Así de un severo claustro  
 bajo la bóveda estrecha  
 la perla de Avila esconden  
 un hábito y una celda.  
 Hay de su sencilla historia  
 en las páginas primeras  
 indicios de que en el claustro  
 no es el mundo quien la encierra.  
 Para agradarle tenia  
 sangre de antigua nobleza,



carácter dulce y alegre,  
ingenio, virtud y hacienda.  
Diz que alguna vez el viento  
llevó á su guardada reja  
mas de un eco enamorado,  
mas de una santa promesa,  
y aunque siempre recatada  
y siempre digna y discreta,  
brillaba en sus negros ojos  
una alma hermosa y risueña,  
lago tranquilo que el cielo  
con vivas luces refleja,  
espejo resplandeciente  
del candor y la inocencia.  
Sin duda al mirar al mundo  
fijó su impresion primera  
toda la luz que le inunda,  
la armonía que le alegra,  
y el aliento á cuyo impulso  
gira por su órbita inmensa  
entre mil globos de fuego  
que en derredor centellean,  
y adormecida al encanto  
de las mundanas quimeras  
pensó en la vida del siglo  
imaginándola bella.  
Amaneció un dia oscuro:  
llorando á su madre muerta,  
gustó la primer ponzoña  
de las humanas miserias.  
Avaro su padre de honra—  
porque su orfandad no fuera  
á su virtud un tropiezo—  
la cobijó en una celda,  
y al entrar le dijo al mundo:  
Adios: mi regreso espera,  
que tengo una alma harto grande  
para cárcel tan estrecha.  
Vió acaso allí desde lejos  
lo que antes tocaba cerca,  
y halló pequeñez notoria  
lo que estimara grandeza.  
Tal vez al umbral del templo  
envuelto en harapos viera  
de lágrimas y dolores  
vivo y terrible poema.  
Acaso allí entró del alma  
en las regiones inmensas;  
agua bebió de la fuente  
de las dulzuras eternas,

y al volver la vista al mundo  
le dijo: tu vida es negra,  
tus horizontes mezquinos,  
adios, no esperes mi vuelta.  
La soledad es su encanto,  
su dicha mayor la celda,  
que allí romper puede el dique  
de la pasion más intensa.  
De su corazon herido  
por milagrosa saeta  
brotó un torrente de fuego  
que el sentido la enajena,  
y como sube entre el humo  
la enrojecida pavesa,  
así con su alma candente  
el débil cuerpo se eleva.  
A veces postrada, inmóvil,  
sin color, rígida, y yerta  
parece triste despojo  
que á la muerte lisonjea,  
en tanto el alma domina  
del sol la esplendente hoguera,  
las fantásticas regiones  
de la luz y las tinieblas,  
y tiende tan alto el vuelo  
que á lo infinito se acerca,  
do vaga como perdida  
en su insondable grandeza,  
como en medio del Occéano  
flota la astilla pequeña  
que en el naufragio de un buque  
arrebató la tormenta;  
y cuando el color asoma  
en sus mejillas de cera,  
y sus labios se entreabren  
y su corazon alienta,  
conserva una luz tan clara  
una pasion tan intensa,  
que bien conoce ser otra,  
que no delira ni sueña,  
pues trae señales el alma  
que son conocidas prendas  
de amor divino, y no es dable  
soñarlas sin conocerlas.  
Pero ¿qué le importa al mundo  
que entre lirios aparezca  
la túnica pura y blanca  
de una sencilla azucena?  
Nada: ni aun recuerdo tiene  
de la mujer que en su celda

vive como en el Occéano  
la desconocida perla.

## II

Llega el tiempo señalado  
en que ha de mostrar Teresa  
el escondido tesoro  
que en su corazon se encierra.  
Luce el dia en que se arma  
su brazo de fortaleza,  
en nombre de Dios blandiendo  
todo el poder de su diestra,  
y presentándose al mundo  
le pide con voz severa  
matronas de alto linaje,  
la flor de hermosas doncellas,  
y suntuosos edificios,  
y privilegios y haciendas  
para ofrecerlo á María  
sobre las cumbres escelsas  
del Carmelo, do la Virgen  
sus sacros votos espera.  
A los conventos antiguos  
con paso firme se acerca  
para ahuyentarles el sueño  
que sus virtudes enerva,  
y sin rendirse al cansancio  
va por ciudades y aldeas  
sustentando su demanda  
con vigorosa insistencia.  
¿Quién parará la corriente  
de un rio que se despeña?  
¿Quién arrancará los montes  
de sus raices de piedra?  
Una mujer sola, pobre,  
abandonada y enferma  
es la que á Dios invocando  
acomete tal empresa.  
Todo el poder del infierno  
se vuelve febril contra ella:  
arma el mundo sus desdenes,  
su compasiva insolencia,  
sus burlas y sus denuestos  
y sus infames blasfemias;  
mas atrevida y constante  
lucha invencible Teresa  
y al mundo espantado toma  
con la flor de sus doncellas  
sus codiciados tesoros

sus casas y sus haciendas.  
A su voz se alzan los templos,  
los nuevos claustros se pueblan  
y se abren á la reforma  
de los antiguos las puertas.  
Pero aun es poco: es preciso  
que su potente voz sea  
de muchos siglos oida,  
que sus prodigios se estiendan  
hasta el hogar no encendido  
de las gentes venideras.  
Mándanla escribir: se rinde  
á impulsos de la obediencia  
y al papel confia el fuego  
de su inspiracion escelsa.  
Aquel papel baja al mundo,  
hace gemir á la prensa,  
llega al retiro del sábio,  
y el sábio admira su ciencia.  
Pasa sin arder los muros  
de la Inquisicion severa:  
bajo la nave del templo  
su ardiente elogio resuena,  
y al pasar entre las manos  
del artista y del poeta,  
les inflama, les subyuga;  
sus concepciones alienta  
y sus obras vivifica  
y á nuevos triunfos les lleva.  
¿Qué vá en el papel escrito?  
¿Qué mágia tienen sus letras?  
Secretos del cielo guarda,  
encantos del cielo muestra.  
Son sus palabras mas dulces  
que la labor de la abeja,  
mucho mas enamoradas  
que las sentidas endechas  
con que la tórtola arrulla  
al pié del sauce sus penas;  
mas blandas que el cefirillo  
que entre flores juguetea  
besándolas con tal arte  
que no las mueve siquiera.  
Son mucho mas armoniosas  
que el gorjear en la selva  
jilgueros, y ruiseñores,  
sombra gozando en la siesta.  
Sus conceptos esplendentes  
mas que el alba en primavera,  
sus pensamientos mas altos

que el vuelo del ave reina.  
De fuego son sus palabras  
y los corazones queman.  
Tanto su fé resplandece,  
que la trasmite y sustenta,  
cual se trasmite el incendio  
en mies apretada y seca.  
Del corazon los arcanos  
tan bien conoce y enseña  
que todos dicen: el mio  
fué adivinado por ella;  
bien los latidos conozco  
que un dia me sorprendieran  
manteniéndome á mí mismo  
su aspiracion tan secreta,  
que me arrastré por seguirla  
sin llegar á comprenderla.  
Subyuga el entendimiento,  
de las almas se apodera  
y hasta su Dios las conduce  
con irresistible fuerza.  
Esto hace el papel escrito:  
esta mágia hay en sus letras.

### III

Teresa de Jesús muere,  
pero no como en la tierra  
el poderoso magnate,  
cuyo recuerdo semeja  
el tránsito de la sombra,  
que un humo fugaz proyecta.  
Su alma hermosa se desprende

del cuerpo que la encadena,  
lo mismo que de la concha  
un dia arrancan la perla,  
para engastarla en el oro  
de la corona de un César.  
El mundo que la olvidara  
dobla la rodilla ante ella;  
porque el sucesor de Pedro  
dice á la faz de la Iglesia,  
que en la mansion de los justos  
entre los santos se sienta,  
y mil prodigios confirman  
su declaracion por cierta.  
Por sus obras los doctores  
la reconocen maestra,  
en su frente colocando  
las insignias de la ciencia.  
Alzala Italia una estátua,  
Francia, Alemania, Inglaterra,  
y en fin, las naciones todas  
nos envidian esta perla  
de la virtud castellana,  
de las españolas letras.  
Mas ¡ay! de la España antigua  
tan débil recuerdo queda,  
que aunque de honrada blasona  
de ingrata y de injusta peca  
porque á sus hijos olvida  
y hasta su nombre desdeña,  
si el pedestal de su gloria  
guarda en el claustro una celda

J. R.



**ES PROPIEDAD.**

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
*Carretas, 9.*

MADRID: 1872.  
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANOS,  
*Bordadores, 7.*



## La Conquista de Málaga.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1487.)

I.

Muchos van los capitanes,  
muchos y los mas bizarros,  
bien templada la armadura,  
mejor los pechos templados.  
Y no en esta parte ceden  
ni en generoso entusiasmo  
los que siguen sus banderas,  
muy valerosos soldados.  
Tiene su crecido número  
en estas cifras descanso:  
cuarenta mil los infantes,  
doce mil los de á caballo.  
Aunque aventaja á esta cuenta  
otra que suspende el ánimo,

si por el valor se estiman  
ya no es posible contarlos.  
Forma una hueste famosa  
el sitio mas avanzado;  
la flor de la Andalucía  
son sus guerreros, por bravos  
á los demás aventajan;  
su jefe á los mas preciados,  
Marqués, le dicen, de Cádiz,  
y el mas temido vasallo  
de los Católicos Reyes,  
la derrota en el amago  
de su formidable lanza  
cuentan siempre sus contrarios.  
Una cruz que el aura besa  
sobre el armiño del manto